

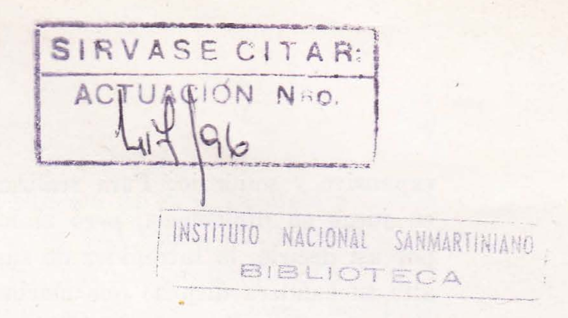
El genio estratégico de San Martin en el dominio naval

Conferencia dada por el Dr. José Pacífico Otero
en el Centro Naval el día 7 de julio

(Del Boletin del Centro Naval)
Nos 501 - Tomo 52



1933



El genio estratégico de San Martín en el dominio naval

Conferencia dada por el **Dr. José Pacífico Otero**
en el Centro Naval el día 7 de julio (1)

Señoras y señores:

Nos traicionaríamos a nosotros mismos y dejaríamos de ser consecuentes con la franqueza que nos es característica, si al subir a esta tribuna no confesásemos abiertamente que lo hacemos bajo el peso de la desconfianza y bajo el conjuro alentador a la vez de una grata y bien explicable emoción.

El carácter del Centro social que prohija esta conferencia por un lado, y la importancia del tema a desarrollar por otro, nos hacen recelar del éxito de nuestro cometido y esto al mismo tiempo que a ese recelo se asocia la posibilidad de que vosotros abandonéis este recinto con la defraudación absoluta o parcial de vuestras esperanzas.

Sin embargo, una emoción nos sirve de levadura para conjurar a tiempo aquella desconfianza y este presentimiento y esa emoción no es otra que la de sabernos en presencia de los representantes más caracterizados de esa marina de guerra, cuyos orígenes se confunden con los orígenes de nuestra epopeya y que por su naturaleza como por su constitución es en realidad de verdad la prolongación de la patria en el espacio y en el tiempo.

No es ésta como podría creerse una afirmación gratuita o de simple halago a los marinos argentinos que me escuchan. Nuestra patria, cuando se despertó a la vida de las realidades históricas, no fincó su razón de ser en sólo la posesión de una parcela mediterránea, teatro primero de la conquista y después de la colonización llevada a cabo por la nación descubridora. Por fuerza de los acontecimientos, esa parcela mediterránea se convirtió en un estado que desde su iniciación evidenció su carácter

---

(1) El conferenciante fué presentado a su auditorio por el capitán de fragata Héctor R. Ratto, cuyo discurso reproducimos al final de la conferencia.

expansivo y solidario. Para realizar su objeto este Estado puso en juego su diplomacia, pero al mismo tiempo puso en juego, por así decirlo, la intrepidez de sus bravos, y enarbolando bien alto su bandera dispuso que marinos audaces la desplegasen en signo de soberanía en la amplitud de los mares.

Es el caso de preguntarnos y de respondernos a nosotros mismos. ¿Quiénes fueron esos genios, y cómo esos colores revelaron o pudieron revelar en el despertar del siglo XIX que un estado juvenil y novísimo que no era otro que el Estado Argentino asomaba ya con lineamientos de nación en el Sud del continente? La cuestión que planteamos se resuelve por sí sola, y retrocediendo en los anales del tiempo encontramos los elementos necesarios para decir que los emisarios oceánicos de la nueva nacionalidad lo fueron Guillermo Brown y su conmilitón de causa Hipólito Buchardo. Aquél, después de contribuir con su flota y en forma eficacísima y aplastadora a la toma de Montevideo, emprendió su gira triunfal por nuestros mares del Sud, cruzó el Cabo de Hornos, pasó al Pacífico, enfrentó los castillos almenados del Callao, ancló en Guayaquil, llegó hasta California, y retornando luego por la misma ruta, se convirtió en corsario libertador del Atlántico, y enarbolando en lo alto de sus mástiles la bandera bicolor de Mayo, con su fragata "Hércules" fué a terminar su gira triunfal en el mar de las Antillas.

No menos heróico y acaso más homérico se reveló Buchardo con su crucero a bordo de la fragata "Argentina". Después de salir del puerto de Buenos Aires enarbolando al tope de esta fragata la bandera de la patria, se trasladó al cabo de Buena Esperanza, pasó por Madagascar, internóse en las islas Filipinas, y terminada su gira por el océano Indico se trasladó a las costas de Centro América y de Méjico, haciendo escalas en bahías y en ensenadas, hasta que al fin y cumplidos sus dos años de vida errante y heróica, llegó a Valparaíso para epilogar allí su epopeya.

Ya véis, pues, que nuestra emoción se explica y que se explica tanto más cuanto que a los descendientes de aquellos primeros jefes de nuestra flota de guerra, se les llame capitanes o almirantes, hayan pasado a la historia con los nombres de Brown o de Buchardo, de Rosales o de Murature, de Py o de Cordero, de Jorge o de Azopardo, perduran ejemplarmente en la fidelidad al deber, demostrándose tan rectilíneos en su bravura como lo

fueron los que realzaron a la bandera de Mayo en Martín García, en Montevideo, en la Colonia, en Los Pozos, en Quilmes, en el Juncal, en Costa Brava, en los días aciagos del bloqueo franco-inglés, en el Paso de la Patria para destacarse después como heraldos del progreso argentino, en sus expediciones civilizadoras a nuestros mares del Sud y a nuestras costas patagónicas.

Al amparo de tales antecedentes y con las perspectivas de sabernos en calor solidario y de homenaje a las mismas glorias, nuestro ánimo se retempla y a la timidez sucede con espontaneidad la comunicación y la confianza. Todo contribuye para que así suceda y para que en estos momentos, impulsados por una invitación que mucho nos honra, podamos transportanos con el pensamiento a un período ya lejano de la vida argentina, pero que está en estrecha y honda vinculación con la patria, cual lo es el que recuerda la expansión de la misma en las aguas oceánicas del Pacífico.

Por otra parte, el día clásico y jubiloso que se aproxima, lo mismo que el saber que ese día se encuentra cubierto con la clámide protectora de don José de San Martín, nos dice que podemos sustraernos por algunos instantes al vértigo de la vida social y concentrarnos dentro de nosotros mismos para evocar con serenidad de juicio un nuevo aspecto —aspecto sobresaliente y complementario— de nuestra epopeya.

Para San Martín, el héroe de los Andes y el héroe del Pacífico, el 9 de Julio de 1916, fué el día clásico por excelencia en los dictados de su argentinidad. La declaración de la independencia argentina, jurada por nuestros congresales en Tucumán en dicha fecha, lo sorprendió a San Martín lejos de Mendoza, donde tenía él lo que podemos llamar su mirador político y su atalaya. Esto no fué óbice para que su corazón desbordase de alegría y fué entonces cuando en lenguaje cervantino declaró, que si algo sentía en ese instante, era el saberse lejos de su ínsula Barataria —su ínsula era Mendoza— y esto porque de encontrarse allí, al solo anuncio de tamaña nueva, habría echado la puerta por la ventana. Lo pintoresco de la expresión acusa sin equívocos y sin eufemismos la grandeza del héroe y acusa al mismo tiempo la levadura de ese dinamismo libertador que en vano quiso mancillar la calumnia y que en definitiva fué el único que consolidó nuestra argentinidad.

El júbilo que apuntamos en el ánimo valeroso de San Martín tiene su explicación. Su afán era escalar los Andes, pero su

afán era igualmente dominar al Pacífico, ya que el objetivo de su trayectoria era consolidar en primer término la independencia de su patria, reconquistar después la de Chile, y libertar en término ulterior y definitivo el virreinato peruano. Pero, para lanzarse a tamaña empresa el eximio capitán necesitaba un mandato, y este mandato para ser legal, debía estar suscripto o rubricado por una nación soberana. Ved, pues, cómo sólo el enunciado de los acontecimientos que el 9 de Julio de 1816 nos permite evocar, nos ponemos enfrente de las realidades históricas que preside el genio de San Martín, y ved cómo insensiblemente, al descubrir al héroe de los Andes en su contacto inicial con el mandato argentino, descubrimos al mismo tiempo al argonauta supremo que hizo posible la expansión de la patria y la prolongación de la epopeya de Mayo en América.

Nuestro propósito es el de seguirle en esta nueva trayectoria, y nuestro propósito es el de demostrar que el que fué guerrero por excelencia en la guerra mediterránea y continental, lo fué igualmente en el dominio del mar y en la forma soberana y propia con que supo subordinar el elemento neptuniano al éxito y a la finalidad de su obra.

A nuestro entender, al genio estratégico lo define ante todo y sobre todo una capacidad absoluta para la acción. Esta capacidad la poseyó San Martín, e imitando a Napoleón en sus concepciones y a Nelson en su arrojo, creó en América un navalismo libertador que no existía y que le permitió finalmente hacer que esa América en virtud de este navalismo entrase en el goce absoluto, integral y definitivo de su soberanía. Al llegar este momento, San Martín se destacó como se había destacado antes en Mendoza, en el momento de escalar los Andes, en todo el dinamismo de su pujanza creadora. Con violencia o sin violencia trató de entrar en posesión de todos los resortes del drama, y el que ya se había revelado eximio capitán, sin ser ni armador, ni empresario, ni almirante, se reveló todo esto y aun más, con sorpresa de sus admiradores y aún de sus enemigos.

Pero antes de entrar en materia y de demostrar que si San Martín fué un emisario de la argentinidad con el paso de los Andes lo fué acaso mayor con la expedición libertadora del Pacífico, retrocedamos en el orden del tiempo y veamos cómo principio a familiarizarse con el mar el que más tarde se converti-

ría en un nuevo Aquiles, no para presentarse como éste ante los muros de Troya, sino para presentarse ante los muros del Callao, vengar a la América, y poner fin al despotismo.

Aun cuando su cuna no sintió los rugidos de las tempestades oceánicas, ella se vió mecida por las manos de una santa madre a la orilla de un río que la hidrografía americana tiene bautizado con el nombre del Uruguay. De aquí, o sea de Yapeyú, parcela donde se produjo su alumbramiento, siendo todavía un párvulo pasó a Buenos Aires, y enfrentando al estuario descubierto por Solís se preparó para el viaje aquél que de las orillas del Plata, lo llevaría a las orillas del Mediterráneo.

Quiso el destino que la formación militar del joven criollo en la Península se iniciase y se desarrollase precisamente a las orillas de esta mar azul. De las costas gaditanas y en su calidad de cadete, San Martín pasó a las costas de Africa. De retorno a la Península pudo bañarse en la luz tranquila con que se iluminan las playas de Valencia y de Málaga, penetrar por sus arrecifes, detenerse en sus hondonadas y barrancos, e iniciada la guerra del Rosellón, alejarse de allí para llegar victorioso hasta las puertas de Perpiñán.

Terminada esta guerra y formando parte del regimiento de Murcia, que ya lo reconocía como a uno de sus más valerosos oficiales, se embarcó en la marina de guerra y durante un año practicó allí el aprendizaje naval para llegar al fin de estos servicios con nuevos lauros. Por esa época, nos referimos a las finalidades del siglo XVIII, no habían llegado todavía para España los días aciagos de Trafalgar. Ella compartía con Inglaterra, por así decirlo, el dominio de los mares; pero terminada la guerra del Rosellón, receloso el imperio británico de la paz sellada entre España y la república francesa, trató de buscarle querella y así lo hizo, el día 18 de agosto de 1798, llevando por sorpresa un ataque a las naves españolas ancladas en el cabo de San Vicente. En esa ocasión el navío inglés *León* fuertemente artillerado puso fuera de combate a la fragata *Dorotea*, comandada por el capitán Guerrero y en la cual se encontraba militando José de San Martín. El que no había recelado la lucha contra moros y con cristianos, tampoco la receló cuando esta lucha la provocaron los marinos ingleses. El combate fué recio y duro, y aun cuando la fragata *Dorotea* no obtuvo la victoria, los propios agresores ponderaron el heroísmo de los vencidos. A San

Martín le tocó por consecuencia al participar de aquellos elogios en que se hizo testimonio público del desempeño y de la bizarría que habían demostrado durante el combate los defensores peninsulares.

Estos episodios y sus giras por las costas gaditanas y por las costas de Africa, dejaron en sus pupilas imágenes imborrables, y esas imágenes crecieron, por así decirlo, el día en que, dispuesto a retornar a su solar nativo, cruzó nuevamente el Atlántico, para entrar en el estuario argentado y líquido que lo viera. partir siendo un adolescente, y en cuyas orillas se iba a iniciar el ciclo de sus glorias.

Ya en su retiro y cuando la América había olvidado al más dinámico y al más desinteresado de sus libertadores, San Martín resolvió compartir sus esparcimientos de proscripto entre la montaña y el mar, pero fincando en ésto la razón de sus preferencias. Tal circunstancia lo llevó de nuevo a las orillas del Mediterráneo. Buscó allí al golfo ligúrico, a las costas bañadas por el Tirreno, al golfo de Nápoles y a las barrancas de Sorrento. Estando en Bélgica se multiplicaron sus giras a las playas de Ostende, y estando en Francia, año tras año se acercaba al anchuroso mar de la Mancha, para aspirar el aire salobre de aquellas latitudes, ya en el Havre, ya en Boulogne-sur-Mer, y ya en las de Dunquerque. Temporariamente prolongaba sus excursiones por otros rumbos; y cuando no apoyaba sus plantas en las playas de la Bretaña, lo hacía en las del Mediodía de Francia.

Pero San Martín no se contentó con gozar del mar como el poeta goza de la belleza o el escultor de la masa estatuaria que plasma y modela con su manos de artista. Por educación y por instinto, era San Martín un eximio dibujante y buscando esparcimientos a su lápiz, desde muy joven entregóse a la grata tarea de iluminar marinas, como lo testimonian las dos litografías existentes en nuestro Museo Histórico, en las que el visitante o la persona curiosa puede reconstruir el viaje tempestuoso que en 1824 tocóle realizar al navío *Woodford* entre Madras e Inglaterra.

Presintiendo acaso su destino y deseoso de fundamentarse debidamente en los conocimientos de la ciencia militar, San Martín llevó su curiosidad hasta convertirse en asiduo lector de la bibliografía naval y desde muy joven comenzó igualmente a familiarizarse mediante esta bibliografía con los distintos aspectos

de la navegación, con los sondajes oceánicos, con el estudio de los puertos, de las costas abiertas, de las playas fortificadas, y finalmente con el desarrollo y naturaleza de la guerra en la amplitud de los mares.

Estos antecedentes nos permiten afirmar que San Martín estaba debidamente capacitado por naturaleza y por instinto para convertir al mar en teatro de sus futuras hazañas. Al lanzarse a él lo iba a hacer con conocimiento de causa y lo hizo con un conocimiento de causa muy superior al que le acompañó a César cuando después de vencer a Pompeyo en la batalla de Farsala, le permitió lanzarse a la conquista del Egipto, y con un conocimiento mayor igualmente que el que poseía Jerjes, cuando siglos antes y desafiando al valor de los griegos, franqueó el Helesponto para contemplar luego la destrucción de su poder y de su flota fabulosa en Salamina.

A San Martín, como pronto lo veréis, le cupo una gloria mayor que aquélla que le cupiera al soldado de Roma o al rey de Persia en las jornadas apuntadas, y una gloria mayor que aquella que buscaba Napoleón cuando deseoso de quebrantar al poderío británico concentró su flota en un punto costero de la Mancha con el decidido propósito de conquistar en los mares el mismo predominio que la suerte de las armas le había permitido obtener en el continente.

La campaña naval iniciada y llevada a cabo por San Martín en el mar Pacífico no era ni fué una campaña de orgullo, de venganza, de conquista o de dominación. Fué ella una campaña libertadora, y libertadora en el sentido social y humano que lo pedía la civilización y lo pedía la América.

La primera referencia histórica que conocemos de San Martín relacionada con esta nueva etapa de su papel libertador en América, la encontramos en la carta que desde Tucumán dirigió el 22 de marzo de 1814 y con carácter confidencial a su amigo don Nicolás Rodríguez Peña. Fué en esa ocasión cuando San Martín reveló en síntesis su futuro plan de campaña, y fué entonces cuando, al señalar a la cordillera de los Andes como al camino estratégico que salvaría a la revolución argentina, agregó: *"Aliando las fuerzas pasaremos por el mar a tomar a Lima"*.

En ese preciso momento la idea del Perú era más imperativa y obsesionante en la mente de San Martín que la idea de Chile. Chile se encontraba en abierta rebeldía con su antiguo

dominador. Una división argentina, división auxiliar, había cruzado la cordillera y compartido la confraternidad de armas con los insurrectos chilenos, y la propia diplomacia del Río de la Plata entrando en acción había dado los primeros pasos para estrechar solidariamente los destinos de nuestra revolución con los destinos de la revolución ultra-cordillerana. Chile, pues, era sólo una etapa —podemos decir etapa de tránsito— en los planes de San Martín. Desgraciadamente, meses más tarde y después de apuntado este plan, se produjo la derrota de Rancagua, y la reacción española anuló de un golpe los frutos conquistados desde 1811 por los libertadores de Chile. Una idea, pues, que era principal en el orden ejecutivo y libertador escogitado por San Martín, pasó por fuerza de estos acontecimientos a un orden subalterno o secundario, y por fuerza de esos mismos acontecimientos, a la liberación del Perú, se impuso, imperativamente, la liberación del reino de Chile.

Esto no obstante San Martín no se apartó por un momento de su idea capital, y apenas el camino de la victoria llevólo al palacio presidencial de Santiago de Chile venciendo a los dominadores de aquel reino con el Paso de los Andes y con la batalla de Chacabuco, aquella idea volvió a ocupar en su mente la prioridad directiva que había tenido en Tucumán y de cuya ejecución dependía en último desenlace la suerte de su patria y de América.

Pero antes de proseguir en la exposición de estos antecedentes, volvamos sobre el período que precedió a esta reconquista y veamos cómo el futuro capitán de los Andes prepara en lo relacionado con el Perú el camino estratégico que lo llevará a la victoria.

"*Ya que el gobierno exige mi dictamen*—decía San Martín el 29 de febrero de 1816, al Director de las Provincias Unidas— *lo expondré con la franqueza de un hombre que se sacrifica por las glorias de su patria*". Establecido este preámbulo, San Martín pasa a demostrar que el reino de Chile, tanto por su población como por su natural valentía y por la subordinación de sus habitantes, riqueza, feracidad de su suelo y situación geográfica en el continente "*es el pueblo capaz de fijar la suerte de la revolución*". "*El es* —escribe textualmente— *el fomento del marinaje del Pacífico: casi podemos decir que lo ha sido de nuestros ejércitos y de los del enemigo. En este concepto nada más interesante que ocuparlo. Lograda esta grande empresa, el Perú será libre. Desde allí irán con mejor éxito las legiones de nuestros gue-*

rreros. Lima sucumbirá faltándole los artículos de subsistencia más preciosos. Pero para este logro despleguemos de una vez nuestros recursos. Todo esfuerzo parcial es perdido, decididamente. La toma de este país recomendable debe prevenirse con toda probabilidad. Ella exige una fuerza imponente que evitando la efusión de sangre nos dé completa posesión en el espacio de tres o cuatro meses".

Concomitantemente a lo expuesto en este comunicado, San Martín expone la necesidad o conveniencia de asociar a su ejecución el auxilio naval: "*Por último,* declara, *deben zarpar oportunamente de esas playas* —alude a las de Buenos Aires— *dos buques de toda consideración y porte, armados de cuenta del Estado y sujetos a órdenes del jefe del ejército, los que cruzando las costas de Chile contengan el escape de nuestros enemigos o les apresen con los grandes tesoros que de lo contrario pueden sustraer*".

En el mes de mayo de ese mismo año, la elección de Pueyrredón para el directorio supremo de las provincias argentinas, le proporcionó a San Martín una brillante oportunidad para interesar a su gobierno en la ejecución de este plan. Nuevamente pondera las ventajas estratégicas que representa para el triunfo y renombre argentino la posesión militar de Chile, y pensando que con ella se abre al ejército libertador el camino marítimo que busca con anhelo para llegar a Lima, escribe: "*Omito hablar del influjo que tendremos entonces sobre el Perú y del plan a que respecto de él sería oportuno por ahora nos ciñésemos*". San Martín concluye su oficio, que lleva fecha 18 de mayo de 1816, declarando a Pueyrredón la conveniencia de encontrarse ambos en un punto de nuestro territorio a efecto de concertar los planes que llenan su mente.

La entrevista solicitada por San Martín se llevó a cabo. El gobernador e intendente de Cuyo abrazóse con el general don Martín de Pueyrredón, nuestro Director, no en la ciudad de Tucumán sino en la ciudad de Córdoba, y en esa entrevista al mismo tiempo que se trazaron las líneas generales de la campaña libertadora de Chile, se trazaron igualmente las relacionadas con la futura campaña libertadora del Perú por tierra como por mar.

Escapa a las finalidades de esta conferencia el relatar los hechos posteriores a este acontecimiento. Ellos pertenecen por

entero a la campaña de los Andes y a la liberación del reino de Chile; pero antes de entrar en el capítulo relacionado con la campaña naval que lo llevó a la liberación del Perú, debemos declarar que, una vez reconquistado Chile, el pueblo de Santiago, por medio de la voz de sus cabildantes, le brindó al héroe de Chacabuco el comando político y militar del nuevo estado. Todas las razones invocadas por los patricios de Santiago para llevarlo a su aceptación se quebraron ante la voluntad inflexible de San Martín, resistente a todo otro gobierno que no fuera el gobierno relacionado exclusivamente con la guerra; y fué entonces cuando por propia sugestión del héroe, el Cabildo de Santiago eligió para el directorio chileno a su conmilitón de causa, general don Bernardo O'Higgins.

San Martín no tenía más que un anhelo. Este anhelo no era el de mandar; era el de libertar; y obedeciendo a este imperativo intrínseco y sustancial a su modalidad de hombre y de guerrero, antes de finalizar el mes de marzo de 1817 abandonó la capital de Chile, y después de salvar los primeros contrafuertes andinos, fué a detenerse en la cuesta de Chacabuco ante los restos calcinados de sus bravos, para salvar luego las altas cumbres, acercarse a Mendoza y, salvando la soledad de la pampa, en galope triunfal, entrar de incógnito en Buenos Aires.

¿Qué venía a buscar, señores, en esta metrópoli, el héroe cuya misión parecía concentrada exclusivamente en Santiago de Chile? Lo que venía a buscar no era gloria ni mando. Lo que venía a buscar era dar forma efectiva a la formación de la flota revolucionaria que debía llevarlo al dominio del Pacífico; y sabiendo que el gobierno de Chile, por la escasez de sus recursos y por otras causales que no es del caso exponer, no podía responsabilizarse con exclusión de su aliado de tamaña empresa, golpeaba a las puertas del Directorio argentino, que ya lo había armado caballero de la cruzada libertadora en 1816 y que ahora aplaudía sus proezas y la de sus bravos como las aplaudía igualmente la opinión.

El hombre que después de largas noches de insomnio había sabido vencer a la naturaleza venciendo a la muralla ciclópea, volvía de nuevo a aquellas pretéritas cavilaciones, pues sabía que para llegar a la culminación de su propósito debía vencer a otro elemento geográfico y neptuniano cual era el mar proceloso que lo separaba del Perú y que al parecer se interponía

como obstáculo insalvable entre su voluntad libertadora y la beligerancia prepotente de los dominadores de Lima.

En realidad de verdad, ningún libertador americano se había exteriorizado aún ni se exteriorizó después con un plan semejante. Era éste el fruto de un pensamiento recóndito, pero era éste al mismo tiempo la sola estrategia que permitiría el triunfo definitivo de la revolución americana.

España se presentaba hasta entonces, a pesar de los corsarios que obstaculizaban su navegación y su comercio, como la dominadora del mar. Sus naves franqueaban sin reparos las rutas del Atlántico como las rutas del Pacífico; y quebrar este poder, en el concepto militar y político que perseguía San Martín, era desarmar al enemigo, obligarlo a batirse en retirada, cuando no a rendirse como así sucedió en definitiva en lógica capitulación.

Desde su llegada a la capital argentina, después de Chacabuco, San Martín se sustrajo a todo género de homenajes, y recluyéndose con Pueyrredón en la residencia de campo que éste poseía en San Isidro, convino con el Director argentino en el envío de un emisario a los Estados Unidos con el doble propósito de obtener del presidente Adams su adhesión a la política emancipadora de las provincias argentinas, y al mismo tiempo con el objetivo concreto de proceder allí a la compra de dos fragatas de guerra, equipadas según todos los adelantos de la época y la ciencia naval. La concordancia existente entre don Bernardo O'Higgins, Director del reino de Chile, y el general don José de San Martín era absoluta, como absoluta era igualmente la concordancia existente entre estos dos personajes y Pueyrredón. Esta armonía, pues, de voluntades y esta comprensión de intereses comunes y solidarios, facilitaron el acuerdo y permitieron que el Director argentino, ignorando todavía que San Martín se había puesto en viaje desde Santiago a Buenos Aires, le dijese, en una carta que el libertador d Chile recibió en el camino: *"Qué bella ocasión para irnos sobre Lima, ahora que el señor Pezuela está en calzones blancos; pero desgraciadamente no hay marina que proteja a la empresa".*

Del mismo modo que en la conferencia celebrada en Córdoba quedó resuelta la campaña de los Andes, en la conferencia celebrada en San Isidro entre San Martín y Pueyrredón, quedó resuelta la campaña libertadora del Perú y el mejoramiento, con

la incorporación de nuevas unidades, de la escuadra chilena.

Era el 17 de abril cuando entre el capitán general don José de San Martín, debidamente facultado por el gobierno de Chile, y el ciudadano porteño don Manuel Hermenegildo de Aguirre, representante de las provincias argentinas ante el gobierno de los Estados Unidos, se celebró un convenio que facultaba a este último a comprar o a fabricar en los Estados Unidos de Norte América dos fragatas de guerra, cuya descripción especifica el mismo San Martín ya en lo relativo a sus dimensiones, calada, puntal, puentes, alcázar, castillos, como igualmente a su número de cañones y forma en que debe estar distribuida la artillería. El convenio a que aquí nos referimos señala otros pormenores fundamentales en la arquitectura de las naves como en su velamen; y especificado ésto, el general San Martín pasa a autorizar a don Manuel Aguirre para tomar a nombre del gobierno de Chile cualquier cantidad de dinero en los Estados Unidos a fin de completar el armamento que exijan las fragatas, "*si no bastase para su equipo* —declara él— *la cantidad de* $ 200.000 *que se entregan, o el numerario suficiente hasta completar el número de cuatro buques, aunque los dos últimos sean de* 18 *a* 24 *bajo las condiciones expresadas*".

San Martín ofrece como garantía de esta operación al gobierno de Chile y al gobierno de las Provincias Unidas, lo que perconvenio: "*Como director supremo de las Provincias Unidas de* mite a Pueyrredón decirle al día siguiente y al refrendar este *Sud América, acepto la garantía ofrecida de mi orden por el general San Martín sobre el cumplimiento de que habla el anterior convenio, referente a estas provincias, autorizando además como autorizò a don Manuel Aguirre, para que en el caso de haberse realizado en todo o en parte el empréstito de dos millones de pesos promovidos por varios comerciantes de los Estados Unidos, pueda disponer sobre estos fondos de las cantidades que le sean necesarias para completar el armamento y equipo de dos o más buques de guerra, caso de no ser suficiente la suma de los doscientos mil pesos que se le entreguen de cuenta del gobierno de Chile, empeñando a este efecto los respetos y la dignidad de la autoridad suprema nacional*".

Terminada su conferencia con Pueyrredón, San Martín decidió su retorno a Chile y lo apresuró a fin de poder cruzar la cordillera ante que las nevadas obstruyesen su paso. El 11 de

mayo —y al mismo tiempo que los habitantes de Chile festejaban la victoria de Gavilán,— el héroe de Chacabuco hacía su entrada en Santiago. Los homenajes que no se le habían podido prodigar en febrero después de su victoria sobre Marcó, se le prodigaron en esta ocasión. Las dianas del ejército saludaron su retorno. Las campanas de los templos chilenos fueron echadas a vuelo, y entre la multitud delirante las damas de aquella metrópoli le hacían llegar en el trayecto recorrido hasta el palacio episcopal, que sería su residencia, la ofrenda de sus flores y de sus gracias.

Pero nada de ésto lo apartó de su pensamiento recóndito. Recluído en su gabinete de trabajo volvió a fijar su atención en lo que él llamaba "sus planes ulteriores", y al dirigirse a Belgrano, quien se interesaba vivamente por conocerlos le dijo: "*Nada puede emprenderse con esta fuerza* —alude al ejército de los Andes, que era la custodia militar de Chile— *sin tener una marina que nos asegure*". Dícele en ese entonces que su propósito es dominar al mar Pacífico, hacer salir una expedición de seis mil hombres, desembarcar en Lima y atacar así el foco de los recursos en que se apoya el enemigo. "Si la capital cae, —escribe textualmente— el resto tendrá igual suerte. Yo espero que en todo marzo venidero estemos prontos".

Pero al mismo tiempo que San Martín fijaba sus miras en los Estados Unidos a la espera de la compra de las fragatas que se le había encomendado al emisario Aguirre, las fijaba igualmente en Inglaterra, señora de los mares y tierra clásica y legendaria de marinos. Con tal motivo resolvió enviar a Londres en calidad de su representante y del gobierno de Chile al mayor Alvarez Condarco. Este abandonó la ciudad de Santiago al mismo tiempo que la abandonaba San Martín, hizo una etapa en Buenos Aires, de aquí se trasladó al Janeiro y al poco tiempo de llegar a Londres comenzó a poner en práctica las instrucciones dadas por el Libertador.

Durante su permanencia en la capital británica, Alvarez Condarco llevó a cabo la compra del navío "Cumberland", de 1352 toneladas de desplazamiento. Al poco tiempo de su adquisición, este navío abandonó su fondeadero inglés y se dirigió a las aguas chilenas armado de 40 cañones y trayendo una tripulación de 130 marineros. Al mismo tiempo Alvarez Condarco

entró en relación con el almirante Lord Cochrane, que se encontraba en Boulogne-sur-Mer, alejado del servicio de la marina inglesa por un proceso cuyas incidencias y pormenores ya conoce la historia, y lo comprometió a trasladarse a Chile para ponerse al frente de la nueva flota de guerra.

Estas actividades y preocupaciones las desarrollaba San Martín en medio de otras actividades y preocupaciones que le imponía el estado de la guerra en Chile. En marzo de 1818 y después de haber levantado el sitio de Talcahuano preparó su ejército para finalizar con el ejército de Osorio. Factores que no es del caso exponer le impidieron realizar su intento en los campos de Talca, y lo que debía haber sido una victoria fulminante se convirtió en una sorpresa dolorosa en Cancha Rayada. Semejante contratiempo no lo descorazonó en modo alguno, y reaccionando a impulso de su genio creador, movilizó todos los elementos que estaban a su alcance y el 5 de abril obtuvo en los llanos de Maipú la victoria que pocos días antes le había arrebatado de sus manos el cruel destino.

Como lo había hecho después de Chacabuco, ahora después de Maipú resolvió ponerse en viaje y dirigirse nuevamente a Buenos Aires. Con la celeridad que le era propia partió de Santiago, cruzó la cordillera, pasó por Mendoza y después de salvar nuevamente la inmensa distancia que lo separaba de la capital argentina, en los primeros días de mayo de 1818 se presentó ante el Directorio argentino para dar un nuevo y decisivo impulso a su proyecto naval.

¿Qué venía a gestionar a Buenos Aires el vencedor de Maipú? Venía, señoras y señores, a gestionar el lanzamiento de un empréstito libertador, empréstito que después de conversaciones múltiples entre él y Pueyrredón se fijó en la suma de $ 500.000. El pueblo de la capital aprovechó de esa oportunidad para honrar dignamente al héroe que en dos batallas de carácter continental había afianzado el destino de la revolución argentina. El Congreso y el Directorio lo honraron por su parte en la forma que lo imponían sus méritos, y terminados estos homenajes y finiquitadas sus gestiones para que el empréstito se convirtiese en una realidad, se trasladó a Mendoza en donde permaneció hasta que el despertar de la primavera le permitió salvar nuevamente los Andes, y trasladarse a Santiago.

En ese interín el empréstito libertador pasó por todas las

alternativas anexas al estado precario de las finanzas. Iniciado al parecer con todo éxito, pues en los primeros momentos se obtuvo la suma de $ 87.000, comenzaron de inmediato los obstáculos imprevistos, y las comunicaciones de Pueyrredón para hacerle saber a San Martín que no se podría llegar al resultado apetecido. ''*Los ingleses* — le decía Pueyrredón a San Martín— *se han resistido abiertamente, y de los $* 141.000 *que les cupieron no han entregado más que $* 7.700''.

La respuesta de San Martín no se hizo esperar. Después de significar que si no era auxiliado en la forma y con la suma que se había convenido, el ejército de los Andes no podría desempeñar operación eficaz alguna, pretextando el diagnóstico que sobre su estado de salud formulara el doctor Colisberry, presentó la renuncia del mando supremo de aquel ejército. Un grito de altivez se escapó de sus labios y al dirigirse a Guido le dijo: ''*Ayer he hecho al Director la renuncia del mando del ejército, del que no me volveré a encargar jamás. Yo no quiero ser el juguete de nadie y sobre todo quiero cubrir mi honor*''.

De más está decir que inmediatamente se movilizaron en contra de la decisión de San Martín todas las personas que estaban en la absoluta convicción de que sólo él era capaz de organizar las fuerzas navales de Chile y de llevar a cabo la expedición libertadora del Perú. ''*Semejante a un flechazo* — le dice O'Higgins— *me ha sido su apreciable del 6 del presente que contesto. Cuando me preparaba a estrecharlo entre mis brazos, recibo con amargura la noticia de su resignación. San Martín es el héroe destinado para la salvación de la América del Sud y no puede renunciar la preferencia que la Providencia eterna le señala. Ruego a usted por la patria y por nuestra amistad, se venga cuanto antes y me alivie de la amargura que sufro, no pudiendo aliviarla otra cosa que la aceptación de mi súplica*''. ''*Aliento pues, mi amigo,* — le dijo por su parte Pueyrredón,— *cuente usted con todos los recursos que pueda proporcionarse de aquí y con la eterna amistad de su Juan Martín de Pueyrredón*''.

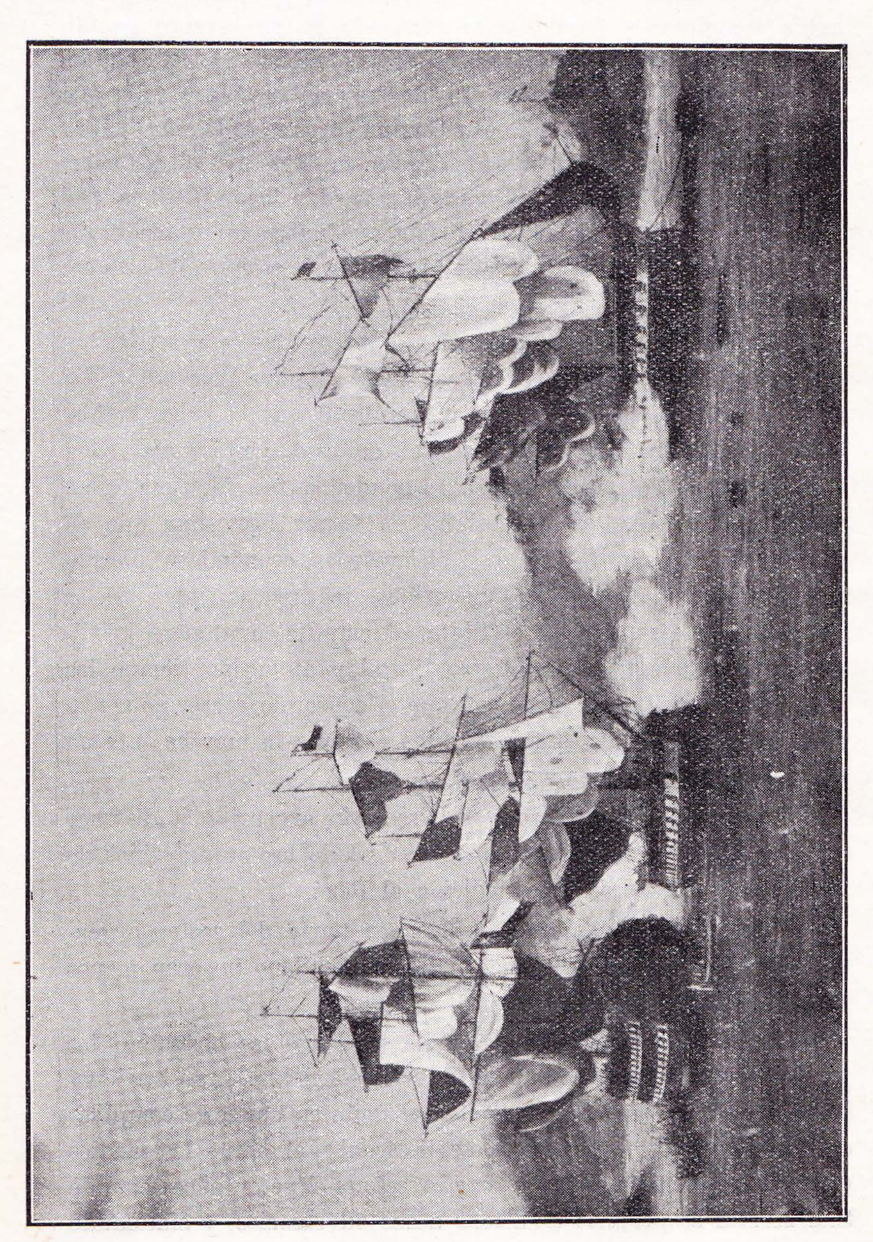
La renuncia de San Martín había provocado, como lo véis una alarma en Chile y otra alarma no menos grande en las provincias argentinas. El Directorio reaccionó de inmediato y con él reaccionaron los contribuyentes al empréstito, en forma tal que, si no se pudo llegar a recolectar los quinientos mil pesos previstos, se recolectaron sumas importantes que, incorporadas a las proporcionadas por el pueblo y por el erario chileno, hicieron

posible la creación de la escuadra y la campaña libertadora del Pacífico.

Cuando estos acontecimientos se producían se acercaban al puerto de Buenos Aires las fragatas compradas por Aguirre en los Estados Unidos, por iniciativa y según las instrucciones dadas por San Martín. En el mes de noviembre de 1818 ancló en balizas la fragata *Horacio* y poco tiempo más tarde llegó la fragata *Curiacio.* Se trataba de dos fragatas sumamente veleras, artilladas con 36 cañones y cuya adquisición y partida había ocasionado serias dificultades y disgustos en Estados Unidos al emisario argentino.

Los esfuerzos, pues, iniciados por San Martín en Chile como en Buenos Aires, para llegar a la formación de la escuadra no habían sido vanos. Su empeño, el de O'Higgins, el de Zenteno, el de Pueyrredón, el de Guido y el de Zañartu, Ministro de Chile en Buenos Aires, había logrado agrupar en las aguas de Talcahuano y Valparaíso, al finalizar el año de 1818 y en momentos en que San Martín había pasado de Mendoza a Santiago, una verdadera flota de guerra, cuyo comando fué confiado primeramente a Blanco Encalada y luego al almirante Cochrane, quien sin esperar la campaña libertadora proyectada por San Martín se había entregado ya a hostilizar al enemigo en sus propias aguas del Callao.

La flota a que aquí nos referimos, se componía del navío *Cumberland,* que pasó a llamarse *San Martín;* de la fragata *Windham,* bautizada por Guido con el nombre de *Lautaro;* de la fragata *Curiacio* comprada por Aguirre y denominada *Independencia,* del bergantín *Lucy* adquirido por Zañartu en Buenos Aires y llamado luego *Galvarino;* de la fragata *Colón* llamada *Araucano;* del bergantín *Coquimbo,* bautizado con el nombre *Chacabuco;* de la antigua fragata *María Isabel* denominada *O'Higgins;* y por último, de los otros barcos de mayor o menor tonelaje que se encontraban en Talcahuano. En esa escuadra entraron a figurar igualmente los bergantines *Intrépido* y *Maipú,* enviados por Pueyrredón para perseguir primero por el Atlántico Sud, luego por el Cabo de Hornos, y finalmente, por las aguas de Chile a aquel convoy que venía acompañado por la fragata *María Isabel,* apresada por Blanco Encalada en el combate librado en aguas de Talcahuano.



Apresamiento de la fragata española María Isabel
Cuadro al óleo por José Macías, 1871
(Museo Histórico Nacional)

Si en ese momento San Martín hubiese podido hacer efectivo su plan libertador para llegar a las costas peruanas, según lo había escogitado y lo tenía ya planeado en su cerebro genial, se hubiese podido decir de él lo que César dijo de sí mismo ponderando la celeridad de sus triunfos después de aquella batalla que lo hizo dueño absoluto del Ponto Euxino : *"veni, vidi, vici"*. Desgraciadamente causas diversas surgieron en el teatro de los sucesos, y San Martín se vió obligado a retardar hasta 1820 la ejecución de aquella campaña marítima que había intentado realizar a fines de 1818 y en cuyo éxito fincaba él el éxito de su epopeya y la suerte de América.

¿Cuáles fueron estas causas?, me preguntaréis vosotros, ¿y por qué pudieron ellas predominar sobre el plan libertador? La exposición de estas causas, con la amplitud que lo exige la historia, nos alejaría del tema capital de esta conferencia. Con todo es nuestro deseo el poder responder a tan legítima como oportuna curiosidad y diremos así en forma brevísima que en primer término lo fueron las dificultades económicas porque atravesaban las provincias argentinas, las provenientes de la diplomacia portuguesa en el Plata, el empuje montonero localizado preferentemente en nuestro litoral y al mismo tiempo las intrigas político-panfletarias con que el consorcio carrerino-alvearista desde su refugio en Montevideo obstruía la marcha interna y externa de nuestra revolución.

Tales causales obligaron al Directorio argentino a distraer su atención y por momentos a dejar de lado los preparativos de todo orden que exigía la expedición al Perú.

Pero si éstas eran las causales por parte del sector argentino, las que existían por parte del sector chileno no eran menos graves.

Exagerándose allí la pobreza de su erario, se obstruían los planes libertadores de San Martín, y obedeciendo a un nacionalismo prematuro y forzado, en el cual tenía su parte de complicidad la propaganda carrerista, se le negaba al héroe los medios para hacer ejecutiva la empresa proyectada. Fué entonces cuando San Martín se propuso desarmar a sus adversarios, y simulando el abandono de la campaña libertadora del Perú ordenó el repaso del ejército de los Andes. De Santiago de Chile el Libertador se trasladó a Curimón y de Curimón a Mendoza, y ésto en momentos en que llegaban a Buenos Aires alarmas no infundadas

del próximo arribo de una fuerza naval considerable con objetivo directo sobre el Plata. A la espera, pues, de los acontecimientos ya por parte de Chile o ya por parte de las provincias argentinas, en lo relativo a la amenaza en cuestión, San Martín permaneció en Mendoza desde febrero de 1819 a marzo de 1820, ensayando todos los medios que dictaba la persuasión para conjurar en nuestro territorio la guerra civil y para poner a este territorio en perfecto estado de defensa.

Es el caso de observar que la ausencia y el alejamiento de San Martín, determinaron por parte de Chile una reacción favorable a sus designios. Numerosos emisarios se desprendieron de allí y llegaron a Mendoza conjurándolo para que apresurase su retorno. A las súplicas personales que le formularon el coronel Borgoño y el Padre Bauzá debemos agregar las solicitaciones escritas que recibió: *"Sin la libertad del Perú,* le escribe O'Higgins, *usted está convencido que no podemos salvarnos; y ahora, es este el momento de venir usted a Chile con esas tropas, seguro de que a los dos meses estamos en camino para lograr el objeto tan deseado". "La presencia de usted,* —le dice don Joaquín de Echeverría— *es aquí absolutamente necesaria para poner en movimiento todos los recursos del país y llevar a cabo la expedición. Venga pues y viva persuadido de que sin usted no se puede emprender nada; ni aun cuando se pudiera, nunca tendría tan feliz resultado". "Nada avanza usted en sacrificar su salud estérilmente* —le escribe Guido.— *Deje todo de la mano y vuelva sobre su persona para ayudarnos a salir del laberinto en que nos hallamos".*

Estos conjuros y estas solicitaciones no hicieron otra cosa que avivar en el ánimo de San Martín lo que ya era en él una absoluta y firme convicción. Repentinamente fijóse la pauta de un nuevo proceder, é imitando a César junto a las orillas del Rubicón, pasó la barrera que le obstruía el paso y pronunciando como el conquistador de las Galias la frase que le atribuye Suetonio: *Alea jacta est*, rompió con su conducta expectante y se lanzó a la más grande y sublime aventura. Tomando la pluma se dirigió a su amigo O'Higgins y entre otras cosas que testimonian su entereza moral, le dijo: *"Se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el diablo".*

Días más tarde y burlándose de la naturaleza, la cual parecía

complotada con la política obstruccionista de los opositores a su empresa, resolvió partir para Chile, y no pudiendo hacerlo por sus propios medios, pues una crisis agudísima de reumatismo lo tenía postrado en su lecho, de éste pasó a una camilla y reclinado en ella y en hombros de los soldados de Alvarado, enfiló hacia la cordillera para perderse luego entre sus quebradas, llegar a los baños de Cauquenes y asumir en definitiva el comando directivo sobre la expedición al Perú que la suerte le tenía deparado. Tras de él quedaba la chacra de los Barriales que lo había contemplado absorto y recóndito, y tras de él quedaba ese pueblo cien veces glorioso que en su espasmo libertador parecía preferir el salvaje deleite de sus luchas montoneras a la gloria límpida con que San Martín iba a engrandecer a la patria en su jornada peruana.

La escena que acabamos de describir es homérica, pero homérica lo es igualmente la personalidad que la encarna y la personalidad que le da perduración y relieve. Si algo deseaba en ese entonces el Libertador argentino, era el testimoniar ante sus connacionales y ante América, la ética de su proceder. Dejarse dominar por las fuerzas del mal era indigno de su ideal y de su temple. La luz y las tinieblas se le presentaban delante, y debiendo elegir eligió lo primero y triunfó así el principio del orden sobre el principio de la anarquía.

Al poco tiempo de llegar a Santiago, el Senado chileno lo nombró generalísimo de la expedición y este mismo decreto lo rubricó después su Directorio. Revestido de estos amplios poderes, San Martín puso en juego todo su dinamismo organizador y trató de comunicar su impulso a ese consorcio financiero que se había formado allí con el fin de adquirir los transportes que necesitaba la expedición, y que lo integraban Felipe Santiago del Solar, chileno, y los argentinos Manuel Sarratea y Rodríguez Peña. Este consorcio tomó a su cargo el aprovisionamiento de víveres que necesitaba el ejército y confeccionó además los vestuarios reclamados por San Martín para los 4000 hombres que integraban a aquél.

En el mes de mayo de 1820 las fuerzas expedicionarias abandonaron el departamento de Rancagua y se trasladaron por disposición de San Martín al cantón de embarque en el valle de Quillota, cercano a Valparaíso. El día 19 de agosto de 1820 se pro-

cedió al embarque de todo el ejército. La división de vanguardia se embarcó en las fragatas *Minerva, Dolores, Gaditana* y *Consecuencia;* la división del centro en las fragatas *Emprendedora, Santa Rosa, Aguila* y los bergantines *Potrillo* y *Nancy*; y la división de retaguardia en las fragatas *Jerezana, Perla, Mackenna, Peruana* y la goleta *Golondrina*.

La escuadra de mar y protectora de este convoy la formaban el navío *San Martín,* las fragatas *O'Higgins* y *Lautaro,* los bergantines *Araucano* y *Galvarino,* la corbeta *Independencia* y la goleta *Montesuma,* destinada además a servir ésta de correo de la expedición. La escuadra de mar se componía de 231 bocas de fuego, y llevaba 1928 hombres de tripulación, independientes de los que formaban el ejército libertador. La escuadra debía marchar a las órdenes del almirante Lord Cochrane, quien enarboló su insignia en la fragata *O' Higgins''*. El generalísimo de la expedición, o sea el Libertador, enarboló la suya a bordo del navío *San Martín*. Pero antes de proseguir nuestra narración, detengámonos en un punto de capital importancia y veamos el papel que le tocaba desempeñar a Cochrane en esa empresa, concebida y coordinada por el vencedor de los realistas en Chile.



Partida de la primera escuadra chilena a libertar el Perú.
(Oleo por Somerscales)
(Del álbum "Las fuerzas armadas de Chile)

Desde su llegada a las aguas de Chile el Almirante Lord Cochrane acusó su decidido intento de convertirse en árbitro de los destinos del nuevo estado. Era éste un personaje en el cual el sentido político estaba en riña y en perfecto desequilibrio con su temperamento valeroso. Si a esto agregamos el apetito áureo que en parte le servía de levadura, tenemos la clave para comprender la arbitrariedad de sus actos, su instinto levantisco y aún ese genio indómito que lo llevó a romper con San Martín y a romper con el Estado que lo había consagrado almirante de su flota.

Conocedor el gobierno de Chile de la psicología del almirante, en previsión de lo que podía suceder, se anticipó a los acontecimientos, y el mismo día en que el ejército libertador en medio de las aclamaciones populares abandonaba las playas de Valparaíso y se embarcaba entre dianas y votos de futuros triunfos, O'Higgins y el ministro Zenteno ponían en su mano el oficio redactado en estos términos: "*El objeto de la presente expedición* —se le dice en este oficio a Cochrane— *es extraer al Perú de la odiosa servidumbre de la España, elevarlo al rango de una potencia libre y soberana y concluir por ese medio la grandiosa obra de la independencia continental de Sud América. El capitán general del ejército don José de San Martín es el jefe a quien el gobierno y la República han confiado la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa, a fin de que las fuerzas expedicionarias de mar y tierra, para obrar combinadas y simultáneamente, reciban un solo impulso comunicado por el consejo y determinación del general en jefe. En este concepto tengo la satisfacción de prevenir a U. S. por toda instrucción, que desde el momento que zarparen de Valparaíso la escuadra y transportes expedicionarios, obrará U. S. precisa y necesariamente en consecuencia del plan que le suministrare el general San Martín, tanto sobre el punto de desembarco como respecto de los movimientos y operaciones sucesivas que U. S. debe hacer por la escuadra; de suerte, que no podrá U. S. por sí mismo obrar con todo o parte de los buques de guerra de su dependencia, sino que observará absolutamente la línea de conducta que respecto de las operaciones de la escuadra le trazare y fuere trazando el general, según que éste lo creyere conveniente*".

"*Es fuera de caso recomendar a U. S. con todo encarecimiento la más exacta observancia de ésta mi resolución, bajo toda especie de responsabilidad*".

Estamos, señoras y señores, en presencia de un documento de alta trascendencia histórica. Su glosa escapa al tema que nos ocupa, pero hay algo en él que debemos descubrir y que lo hacemos en la forma sintética que lo permite esta exposición.

En el sentir del gobierno chileno, el genio coordinador y directivo de la expedición no lo es el almirante, sino el Libertador; vale decir, no lo es Cochrane, sino San Martín. En modo alguno le es permitido a aquél el sustraerse a las órdenes y a las instrucciones del general. La subordinación del almirante al generalísimo de la expedición debe ser absoluta, ya se trate de simples maniobras o de otros actos de guerra.

Al ponerse, pues, al frente de la expedición libertadora del Perú, San Martín, como véis, lo hace munido con el summum de facultades, en concordancia con su grado de generalísimo y en concordancia con los propósitos tácticos que persigue. De este modo quedó establecida la soberanía absoluta de San Martín ya sobre Cochrane, ya sobre su marinería o ya sobre el ejército libertador compuesto por el ejército de los Andes y por el ejército de Chile, armados todos ellos caballeros de la libertad, en las aguas de Valparaíso. ¿Qué significa esta soberanía, y por qué la establece sin ambigüedad el gobierno de Chile? Esto significa, señoras y señores, que este gobierno sólo tenía fe en un hombre y que este hombre no era otro que aquél que después de pasar los Andes había concluído con el despotismo en Chile, venciendo a los españoles primero en Chacabuco y después en los llanos de Maipú. Esa fe la inspiraba la caballerosidad del Libertador, pero esa fe la dictaba igualmente su pericia para la guerra, tanto en el continente como en la superficie argentada del vasto mar.

Pero, retrocediendo a nuestro punto inicial, digamos que el general O'Higgins no quiso dejar partir la expedición sin dirigir primero su palabra alentadora a esos bravos que como los héroes de la Iliada se iban a internar en la vastedad de los mares en prosecución de un ideal, y tomando la pluma redactó una proclama en términos altamente elogiosos y justicieros para San Martín. *"El general que os manda* —dijó él— *es el mismo que os llevó al campo de batalla de Chacabuco y Maipo. Acordaos de lo que hicisteis entonces y pensad en el glorioso destino que os aguarda. Ejército expedicionario: marchad a la victoria, a poner término a las calamidades de la guerra y a fijar la suerte*

de todas las generaciones venideras". O'Higgins no olvidó a las provincias argentinas propulsoras dinámicas de tan magno como trascendental acontecimiento, y faltando el Directorio que representaba el principio de autoridad, se dirigió al Cabildo de Buenos Aires, firmando un oficio en que hacía saber a aquellas autoridades comunales que la expedición había partido del puerto de Valparaíso el día 20 de agosto, en 17 transportes, convoyados éstos por 9 buques de guerra y por 11 lanchas cañoneras. "*Tan lisonjero acontecimiento* —escribe O'Higgins— *puede razonablemente considerarse como un presagio favorable de la terminación de la guerra en Sud-América, al paso que tiende poderoso influjo a las demás partes de ella, que aun gimen bajo el yugo de la tiranía peninsular*".

Cuando estos y otros mensajes confiados a la posta salvaban las altas cimas de la cordillera para esparcir tamaña nueva en las provincias de Cuyo, y en las ribereñas al Plata, la flota expedicionaria rompía con sus quillas las aguas del Pacífico y a impulso de los vientos del Sud se aproximaba a las costas del Virreinato peruano.

Del mismo modo que antes de la reconquista de Chile procuró San Martín estar en el conocimiento cabal de lo que era aquel reino y de cuáles eran las características del suelo milenario que le iba a servir de teatro a su estrategia, cuando resolvió concentrar todo su esfuerzo en la liberación del Perú hizo otro tanto con esta tierra clásica de los Incas. En esto San Martín no dejó punto sin tocar. Así como la correspondencia epistolar e íntima lo puso al corriente de detalles fundamentales, como ser número de fuerzas armadas que defendían al Perú, cantidad y calidad ofensiva y defensiva de sus naves de guerra, y otros pormenores, mediante el estudio de la cartografía peruana llegó a familiarizarse con su accidentes topográficos, a conocer sus serranías y sus playas, sus centros urbanos, sus puertos, sus bahías y sus refugios costeros. En vista, pues, de estos antecedentes, podemos decir que San Martín no se lanzó a lo desconocido. Lo hizo conociendo de antemano el punto de su partida y el punto de su llegada, y a fin de que la flota y el convoy libertador procediesen en un todo obedeciendo a la unidad de comando, antes de iniciar la marcha, redactó un código de señales para que los comandantes de los buques navegasen en continua comu-

nicación. Durante el día estas comunicaciones se hacían con banderas y gallardetes; durante la noche se llevaban a cabo con faroles y luces varias; y para los días de niebla había dispuesto que se efectuasen con tiros de cañón o de fusil.

Después de tres semanas de navegación la expedición libertadora se dirigió sobre la bahía de Paracas, elegida previamente por San Martín para su primera escala, y el día 7 de septiembre al amanecer, comenzó el desembarco.

No entra en nuestro propósito, ni el tiempo lo permite, el historiar todo lo que San Martín realizó en los dos meses que permaneció en este punto, convirtiéndose en el árbitro del pueblo de Pisco y del valle de Chincha. Nos basta con decir que, después de tomar todas las precauciones estratégicas para no ser sorprendido en sus flancos por la aparición del enemigo, estableció su cuartel general en la casa del marqués de Campo-Amado; que a ese cuartel llegó el emisario enviado por el virrey Pezuela, invitándolo a una conferencia; que en pocos días centenares de esclavos abandonaron las haciendas y a impulso de un amor patrio, que era en ellos instintivo, se incorporaron a las filas del ejército libertador; y que marqueses como el de San Miguel, de gran prestigio y predicamento entre los aristócratas, se incorporaron igualmente a esas filas.

En el orden técnico y militar la estada de San Martín en Pisco le sirvió para organizar la expedición de Arenales, quien no tardó en internarse en la Sierra, imponiendo la insurrección a lo largo del virreinato. Políticamente hablando esa estada le sirvió a San Martín para entrar nuevamente en contacto epistolar con los patriotas limeños, para iniciar los trabajos subversivos en pró de la sublevación del batallón Numancia, y finalmente, para demostrar, como así lo demostraron sus emisarios en Miraflores, que no podía existir armonía o concordancia alguna entre los realistas y los libertadores, mientras los defensores armados del Rey no admitiesen lisa y llanamente la independencia peruana. El plan que se trazó San Martín, una vez en el teatro de los sucesos, era sencillamente genial. Este plan no era otro que el de imponer la insurrección en la Sierra, como ya queda dicho, pero era al mismo tiempo el de bloquear a Lima con las operaciones de la escuadra, el de colocar a Pezuela en una situación de compromiso que lo llevase a la capitulación, el

de fomentar la insurrección en la provincia de Trujillo y el hacer que esta maniobra envolvente, escogitada con tanta pericia y en la cual debían actuar con igual sincronismo las fuerzas de tierra y las fuerzas de mar, le permitiese sin derramamiento de sangre la toma de Lima.

Era, como lo véis, un plan de alta concepción estratégica Si no lo realizó en el plazo de tres meses, como él así lo creía, lo realizó al promediar el año de 1821, cuando empuñando en sus manos las banderas del Plata y de Chile, saludó a la bandera peruana creada por él en las playas de Pisco, para declarar, en juramento solemne ante Dios y el orbe, que el Perú era una nación libre, soberana e independiente.

Consecuente, pues, con el propósito de llegar a este desenlace, San Martín, una vez llenado su cometido en Pisco, ordenó el reembarque de su ejército y el 26 de octubre de 1820 el convoy expedicionario salvó la distancia que lo separaba del puerto del Callao.

Al llegar a estas aguas la escuadra se desplegó en línea, y mientras el almirante Cochrane se preparaba para hacer sentir a los realistas el valor ofensivo de esta escuadra en un combate de singular heroísmo cuya mejor presa sería la toma de la fra-



El Callao en la época.

gata *Esmeralda,* San Martín levantó ancla el 30 de noviembre y se dirigió al puerto de Ancón a siete leguas al norte de Lima.

En este punto se efectuaron algunos desembarques; las avanzadas libertadoras llevaron a cabo las exploraciones ordenadas por San Martín en campo enemigo, y utilizando como atalaya el morro de Ancón, San Martín observó desde allí ya los movimientos de la escuadra realista, o ya las maniobras múltiples que realizaban en el campamento de Aznapuquio las tropas de Pezuela. En las aguas de Ancón y a bordo de la goleta *Montesuma* se enteró San Martín de la proclamación de la indepen-

dencia guayaquileña; a bordo de esa goleta recibió a los emisarios de la junta revolucionaria enviados para pedirle su cooperación y para colocar a aquella provincia bajo su protectorado; en esa goleta fueron a rendirle pleito homenaje los prisioneros americanos que el depotismo realista había tenido recluídos en las prisiones de Casas Matas después de las batallas de Vilcapujio, de Ayohuma y de Sipe Sipe; en esa goleta recibió al general don Pascual Vibvero, gobernador español depuesto por los patriotas en la insurrección de Guayaquil y traído a la presencia del Libertador por los emisarios Letamendi y Villamil, y en esa goleta se informó igualmente del triunfo de Cochrane y del pavor que había causado su acometida a la flota española y el apresamiento de la *Esmeralda* bajo los fuegos del Callao.

Cuando San Martín lo creyó oportuno, resolvió abandonar este fondeadero y se dirigió entonces al puerto de Huacho, donde el 10 de noviembre anclaron sus naves y donde desembarcó el ejército libertador para establecerse en Huaura é iniciar desde allí el asedio de Lima.

Así terminó, señoras y señores, esa expedición que había sido para San Martín causa perenne de su preocupaciones, de sus luchas y de sus desvelos. Sólo su genio y su tenacidad pudieron vencer los obstáculos de todo orden que le opusieron los hombres y la naturaleza y por esto sólo a él le cupo la gloria sin igual de poder decir en una de sus proclamas, cuando sus plantas victoriosas pisaban ya la tierra de los Incas: "*La superioridad de nuestras fuerzas navales en el Pacífico está enteramente decidida; el dominio de estos mares pertenece exclusivamente a los independientes, que se han sacrificado para obtenerlo, no con el ánimo de monopolizar sus ventajas, sino de hacerlas comunes a todas las naciones civilizadas del mundo; no para oprimir al continente que bañan sus aguas, sino para asegurar su independencia y prosperidad; no para mantener en una incomunicación sistemática a los habitantes de la costa, sino para que bajo su protección cambien libremente los productos de su industria y de su opulento suelo con las demás regiones de ambos hemisferios*".

No nos corresponde, señoras y señores, historiar aquí los acontecimientos que epilogaron a esta expedición y que fueron, por así decirlo, su complemento. Ellos pertenecen por entero a

otra página y a otra etapa en la vida libertadora de San Martín. Con todo debemos decir, y decir bien alto, que merced a esta expedición se llevó a cabo la campañade La Sierra comandada por Arenales y se obtuvo su desenlace que fué la victoria de Pasco; que realizada ella, el desconcierto se posesionó del campo enemigo, y en el campamento de Aznapuquio se resolvió la sustitución del general Pezuela en su puesto de Virrey por de La Serna, y que al amparo del dominio naval ejercido por la escuadra libertadora las naves españolas desaparecieron de la superficie del Pacífico y poco a poco se fué estrechando el asedio de Lima y el del Callao.

Merced igualmente a esta estrategia escogitada por el genio de San Martín, Lima cayó en poder de los libertadores y cayó más tarde el Callao, firmando sus defensores aquella histórica capitulación en que sobresalen los sentimientos generosos del Libertador. Aun más, al amparo de tales triunfos San Martín pudo organizar nuevas expediciones a La Sierra y pudo organizar igualmente nuevas expediciones a Puertos Intermedios con el objetivo inmediato y táctico de atacar y desarmar al enemigo atrincherado en el interior del virreinato y obligarlo así a poner fin a la guerra.

Sin la expedición libertadora del Pacífico el Perú no conquista su independencia. Sin ella San Martín no instala su Congreso, no proclama su soberanía y los libertadores del Norte con los libertadores del Sud no llegan a ese punto de conjunción que sirvió para finalizar el drama y triunfar definitivamente en Ayacucho.

Podemos, pues, decir que San Martín realizó en bien de la suerte del Nuevo Mundo lo que Napoleón no pudo realizar en provecho de su gloria propia con esa flota anclada en Boulogne-sur-Mer y lista para cruzar el Canal de la Mancha y atacar en sus fuentes de recursos al navalismo británico, y lo que no hizo Wáshington en pro de la democracia americana en su luchas con Inglaterra, y los que no hizo Bolívar, a pesar de lo épico de su heroísmo, para dar forma continental a su gran Colombia.

La hazaña realizada por San Martín con el paso de los Andes primero y con la campaña del Pacífico después es una hazaña completa. En ella entran con igual relieve la montaña y el mar, aspectos majestuosos de la naturaleza, y por esto teniendo esa hazaña todos los perfiles y características de las acciones

homéricas fué cantada como así se lo merecía la nueva Iliada por el coro de nuestros poetas. Uno de éstos, cual Cruz Varela, tomó en sus manos la lira, cantando la toma de Lima con sus estrofas reales, cantó la trayectoria del Pacífico en esta forma:

"Oigo el eco veloz que atravesando
del Pacífico mar la quieta hondura
resuena de los Andes en la cima.

Ya, ya llega a nosotros, proclamando
de San Martín el nombre, la bravura
de los que dieron libertad a Lima.

Libertad! Libertad! no más resuena
en todo el Continente; y el ruido
del último eslabón de la cadena,
en trozos dividido,
amedrenta y aterra
a todos los tiranos de la tierra".

Señoras y señores:

El momento histórico que acabamos de exponer nos dice que estamos en presencia de un libertador excepcional y de un libertador que siendo árbitro de la guerra en las entrañas del Continente lo fué igualmente sobre las superficies argentadas del Mar. Lo que no había hecho ningún libertador americano lo hizo él, y enseñoreándose de todos los elementos, ya humanos o ya geográficos que estaban a su alcance, estructuró su obra emancipadora y se impuso así a un adversario poderoso contra el cual habían ensayado su poder ofensivo aisladamente y a la sombra de la bandera argentina Brown y Buchardo, y contra el cual al amparo de la bandera chilena habían hecho otro tanto Blanco Encalada en Talcahuano y Lord Cochrane con sus ataques intempestivos al Callao y a otros puntos de la costa peruana.

Pero es el caso que San Martín no se satisfizo con semejante gloria y que deseoso de llegar a la paz definitiva en la guerra continental, que lo saludaba a él como al más eximio capitán en el orden de la estretegia, terminada la guerra de Quito, se dirigió a O'Higgins y le dió a conocer el plan naval que en esos momentos despertaba en su espíritu nuevas energías. Este plan no era otro que el de formar una expedición con las fragatas

Prueba y *Venganza* y con la goleta *Macedonia* y poniendo a su frente al capitán Guise, llevar la guerra a España atacando a su comercio en las aguas que bañaban sus costas. Este plan de San Martín era el resultado de su dominio absoluto en el Pacífico, pues además de haber creado la escuadra peruana después de su rompimiento con Cochrane, parte de esa escuadra se encontraba empleada en el crucero de Puertos Intermedios y parte esperaba sus órdenes en las aguas del Callao para hacerse a la vela.

Desgraciadamente el plan de San Martín no pudo llevarse a su ejecución, pues pocos meses después de haberlo concebido, hacía abdicación de su mando supremo y se retiraba del Perú.

Pero lo dicho hasta aquí nos demuestra que en virtud de su estrategia la dirección de la guerra en el Sud del continente fué obra exclusiva de su resorte y de su dominio, y nos demuestra además que, así como había sido previsor al señalar la tierra peruana para finalizar la guerra de la independencia, lo fué igualmente cuando señaló al mar Pacífico como medio estratégico para la victoria definitiva.

Sólo un jefe realista, el general Vigodet, antiguo gobernador de Montevideo, tuvo en cierto sentido la clarividencia sanmartiniana en lo relativo a la parte marítima en que la guerra tendría su desenlace, y por esto en 1818, ignorando todavía el triunfo de San Martín en Maipú, se opuso él al envío de una expedición al Plata, y en un informe que nos cupo el honor de sacar de la obscuridad, predijo su fracaso.

En el sentir de Vigodet, si alguna expedición debía surcar los mares para contener a los insurrectos de América y recuperar España el poder que ya tenía perdido, esa expedición debía dirigirse al Pacífico, para reforzar con sus auxilios al virrey de Lima. Llegadas las fuerzas expedicionarias al Callao, el representante del absolutismo español en el virreinato peruano, según el informe de Vigodet, podría contar con un ejército poderoso. Este ejército sería dividido en dos fuerzas, y mientras una división se dirigiría a la reconquista de Chile —fué esto lo que luego intentó Osorio—, para cruzar los Andes y caer inopinadamente sobre las provincias de Cuyo, la otra división debería abandonar y dejar a sus espaldas las mesetas del alto Perú, entrar en la

provincia de Salta, pasar a Córdoba y luego presentarse ante Buenos Aires para imponerle su capitulación.

Pero es el caso, señoras y señores, que el que proyectaba este plan para finalizar con la revolución americana, finalizando mediante una concentración llevada a cabo por las fuerzas invasoras, con la revolución argentina, no contaba con la táctica y con los planes de San Martín. La victoria de Maipú puso fin a estas veleidades realistas, y los que hasta ese momento se creían los directores del drama en el orden de las operaciones militares y navales, se convencieron de su impotencia y cambiando de postura, su acometividad se transformó en defensiva. El ataque, la guerra dinámica por excelencia, la guerra que podemos llamar aniquiladora y aplastadora a la vez, pasó al terreno donde operaba San Martín y fué obra exclusiva de su resorte. La expedición libertadora del Pacífico precipitó la marcha de los acontecimientos y se vió entonces lo acertado que había estado San Martín al sostener como punto básico de su doctrina la necesidad de expedicionar al Perú. *"Mientras no estemos sobre Lima,* —había dicho él— *la guerra no se acabará";* y la guerra que desde 1810 venía ensangrentando a las tierras americanas, desde el Plata hasta el Orinoco, quedó virtualmente terminada el día en que, sin pompa y con la modestia que cuadraba a su carácter de libertador humanitario, enarboló la bandera de la redención peruana en los baluartes de Lima.

Sus adversarios, acaso mejor que sus propios compatriotas y que los americanos de los distintos sectores del Continente que han intentado profundizar este drama, apreciaron la justa trascendencia de la doctrina estratégica impuesta por San Martín para hacer efectiva la emancipación de los pueblos. Hubo realistas que después de la toma de Lima, llevada a cabo por el genio del sublime criollo, creyeron todavía que era posible la restauración de ese poder que sin sangre, y con monvimientos tácticos habilmente combinados había sabido reducir a la nada el genio de un libertador. Por eso los jefes realistas se internaron en la Sierra y por eso vivieron con la esperanza de que de allí les vendría la salvación, olvidando que la salvación estaba en la posesión absoluta y definitiva de la capital virreinal, ya captada por San Martín.

Pero si eso es cierto, es cierto igualmente que el general Antonio Vacaro, jefe de la escuadra realista en el Callao, des-

pués de la rendición de esos Castillos y de la vuelta a España, demostró en un documento, que igualmente hemos exhumado del olvido, que este proceder de los generales españoles en el Perú, fué fatal para las armas del Rey, y que internándose el ejército realista en la Sierra, como así lo dispuso La Serna después de la toma de Lima por San Martín, se preparó su sepultura. Esta táctica, en el sentir del general Vacaro, *"era una idea extravagante"*, pues perdiendo la capital y los castillos del Callao que constituían su vanguardia defensiva, el Perú hispánico perdía el manantial de sus recursos, y San Martín colocaba a sus adversarios bajo su absoluta dependencia y arbitrio.

Señoras y señores:

Hemos llegado al fin de nuestra conferencia, pero su epílogo exige que nos detengamos en un punto y que cerremos con él la materia tratada y expuesta.

Es un axioma histórico ya indiscutible, que San Martín se volcó en el drama de la liberación americana para honrar a su patria dentro como fuera de sus fronteras. La patria lo llevó a las barrancas de San Lorenzo, la patria lo llevó a las fronteras del Norte, para sustituir a Belgrano en el comando del ejército que se había cubierto de gloria y de luto en Vilcapujio y Ayohuma. La patria le confió en momento crítico la gobernación y la intendencia de Cuyo; y la patria le inspiró primero el paso de los Andes y luego la expedición libertadora del Pacífico, antes de que hubiesen llegado para ella los días sombríos de un cruel destino. Pero sin embargo de ser ésta una verdad, es una verdad igualmente que al emprender esta expedición su corazón se sentía lacerado por un profundo pesar y que este pesar no era otro que el saberse incomprendido y calumniado por una parte de sus compatriotas, como el ver igualmente a esa patria desgarrada por sus contiendas civiles. Pues bien, en ese entonces y antes de lanzarse al anchuroso mar, rompió con el silencio que se había impuesto como disciplina y como pauta, y tomando la pluma se dirigió a sus compatriotas, redactando una de las páginas más elocuentes y patéticas que hayan podido ser escritas por la pluma de un guerrero y de un hombre. *"¡Provincias del Río de la Plata!* dijo San Martín, *El día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer. Voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo menos que com-*

prometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país; y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento me ha ocupado y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos".

Los que llenamos este recinto podemos y debemos formularnos un interrogante y al mismo tiempo respondernos. Cómo y de qué manera probó San Martín en esta última etapa de su trayectoria continental, que el amor a la independencia de su patria había sido su único pensamiento? La historia está ahí para ilustrarnos, y apoyados en su testimonio nos apresuramos a decir que los actos no desmintieron su palabra y que para ser fiel a ese amor y a esa independencia, cuando todo lo estimulaba a consolidarse en el poder, optó por inmolarse y por alejarse para siempre de las playas peruanas.

La partida de San Martín fué para el Perú un día de luto; pero para el ínclito libertador, que interrumpía su obra y cedía a otros sus laureles, causa de honda y palpitante alegría. La inmolación lo había lacerado ciertamente, pero la inmolación tuvo la virtud de proporcionarle un bálsamo, y fué éste el de saber que procediendo así conjuraba en América un gran escándalo y apresuraba el desenlace de aquella campaña continental y marítima que sólo él, con genio y lucidez soberana, había concebido y coordinado.

El día 21 de septiembre de 1822, y antes de que despertaran en el horizonte los primeros albores del alba, el bergantín *Belgrano* elegido por el héroe levantaba anclas en el puerto de Ancón y se hacía a la mar, llevando bajo los pliegues de la bandera peruana que flameaba al tope al que dos años antes había llegado a esas playas capitaneando su flota libertadora y de guerra.

Chile le recibió con los honores dignos de su investidura, y un año más tarde las playas argentinas lo vieron partir sin desplegar sus labios; pero enlutado por el reciente fallecimiento de su esposa y acariciando con sus manos de guerrero y de padre al tierno vástago que con el andar del tiempo sería su Antígona, en busca de una parcela de tierra hospitalaria en el extranjero para vivir su ostracismo.

Tal es y así epilogó su drama político y militar en este Continente el que no tiene igual en la doctrina del desinterés, y el hombre que por servir a ese desinterés y en virtud de su ética libertadora y de sus principios directivos, después de vencer a los elementos que se presentaban como invencibles, serena y estoicamente se venció a sí mismo.

Los fastos de América no conocen una proeza mayor, y por esto hablando de San Martín podemos hablar del héroe típico por excelencia, ante el cual son pocos todos los homenajes y ante el cual caben todas las loas é himnos con que puede romper en eclosión admirativa la gratitud argentina.

Señoras y señores:

Hace cincuenta y tres años que la República Argentina resolvió saldar la última deuda de reconocimiento que tenía pendiente con su ínclito libertador. Su primer magistrado dirigió la palabra a toda la argentinidad, y dispuso por el ministerio respectivo que un buque de nuestra escuadra que acababa de salir de los astilleros europeos se trasladase a Boulogne-sur-Mer y recogiese allí los restos del Capitán de los Andes, que dormían su último sueño en el cementerio de Brunoy, a veinticinco kilómetros de París. La nave cumplió con su cometido y en los días de mayo de 1880, y antes que despuntase en el horizonte el sol simbólico del día inmortal, los marinos argentinos entregaban a la patria tan preciosa reliquia. Se cumplían así los votos postreros del Libertador y se cumplían así los dictados de esa justicia de ultratumba que aún perduran y que perdurarán por los siglos de los siglos, para honor de la patria y su héroe.

¡Marinos y jefes argentinos aquí presentes! La patria descansa en vosotros y la patria deposita en vuestra bravura y en vuestra fidelidad sus esperanzas. Un arquetipo —arquetipo soberano y sin mácula— os señala la ruta a seguir, y es éste el que después de haber realzado a nuestra argentinidad en guerra continental la realzó en la majestad de los mares y aún en sus días de proscripción. Es él, vale decir, don José de San Martín, el astro máximo de nuestras constelaciones históricas, y es él, y lo sigue siendo sin disminución de valor y con aumento de gloria, nuestra estrella polar. Sea esa estrella y no otra la que os señale vuestro derrotero en los mares de la patria como en los mares del orbe.

Presentación del conferenciante por el capitán de fragata H. Ratto.

La Comisión Directiva del Centro Naval, deseando que uno de los socios de esta casa, perteneciente al propio tiempo al Instituto Sanmartiniano, fuera quien efectuara la presentación del ilustrado historiógrafo que ha de ocupar esta tribuna, me ha conferido mandato tan honroso. Para tal desempeño, honesto es decirlo, no poseo otro mérito que la admiración profunda que me inspira la personalidad del doctor Pacífico Otero, a cuyo patriotismo y talento esclarecidos debemos la formación del nombrado Instituto, cuya Presidencia ejerce, y la valiosa obra sobre el Libertador José de San Martín, recibida por la crítica histórica con los mayores y mas justicieros elogios.

Con ello el doctor Otero nos ha dado, a quienes sin ser precisamente historiadores nos interesamos por tales estudios, una elocuente y práctica lección: la necesidad de estudiar, profunda y fundamentalmente al personaje antes de atraer la atención de los lectores para presentarlo luego, de cuerpo entero, en una obra enjundiosa, maciza y trascendente, que ha absorbido todas sus facultades durante mas de diez años de pacientes trabajos inquiriendo los elementos documentales en que afirma sus conceptos; exponiendo, fielmente, la apreciación de los hechos y guardando, entre causas y efectos, una armonía admirable.

Escritor avezado, de suma erudicción, y singularmente dotado de un elevado juicio crítico, ha rehuído el estilo rebuscado, impropio de un libro básico.

Trabajo de capital importancia por la novedad de su contenido, es también una obra valiente que, sin interpretaciones caprichosas, pone en evidencia aspectos que nadie había revelado todavía en las páginas de un libro.

Por razones circunstanciales, que no hacen al caso, he podido conocer bien de cerca la estela del investigador y conocer los juicíos de muchas de las personas que presenciaron su admirable y perseverante labor en Boulogne, Cádiz, Sevilla y Madrid, credenciales que autentifican una búsqueda personal y real que pocos histórico o sobre un personaje, es una tarea mecánica aunque nezo, sin disponer de ayuda pecuniaria de ninguna especie.

Resumir en fichas la bibliografía existente sobre un hecho historiadores han realizado y para la cual contó con su solo esfuer-

cesaria para delinear un trabajo; pero ello no es por cierto hacer obra fundamental, cualquiera sea la dosis literaria que se le administre. Dicha tarea podrá ser la del vulgarizador, nunca la que ávidamente buscan los estudiosos. El doctor Otero no ha seguido esos caminos tentadores del triunfo fácil e inmediato, sino aportado elementos inéditos con los cuales ha cimentado, sólidamente, su edificio, torre fortísima que no se abate sino que, por el contrario, aun facilita planos y materiales para que otros edifiquen su tienda con los colores más gratos a su fantasía.

El doctor Otero, señoras y señores, pertenece con personalidad propia y relieves inconfundibles a la categoría de los que trabajan por cuenta y mano propia.

Por eso será perdurable su obra y por ello también los que le acompañamos en su acción al frente del Instituto Sanmartiniano tenemos en él un índice seguro para orientar su labor futura, que ha de ser una cruzada de cultura patriótica, noble y sincera como el personaje que le da jerarquía, para que de la mostración de los aspectos todos de su vida se adecente la conciencia un tanto desaprensiva de los argentinos, alucinados con los héroes de la política en cuyas filas cuentan más los apetitos que los ideales.

Vinculado a una obra noble y pura como es la del Instituto creado por sugestión e influjo del Doctor Otero, y miembro también, como antes dije, de esta casa, entre cuyos asociados se ha despertado notoriamente la curiosidad por los temas históricos, fuente inagotable de la sabiduría de la vida, he de aprovechar el breve espacio de mi presente tarea para enfocar, rápidamente, algunos personajes caros a nuestros sentimientos de marinos y que cooperaron con el libertador. Confío para hacerlo en la bondad del auditorio, seguro por otro lado de que, aunque por momentos desplazado de mi misión, he de contar también con la aprobación del maestro que desea, de los hombres que le acompañan, una acción militante que él ha iniciado con sendas conferencias en el Círculo Militar, Ateneo Ibero Americano, Consejo Nacional de Educación y otras entidades de grande significación.

La historia nos ha revelado la atracción que ejerció el mar sobre el espíritu del General San Martín, inclinación que hizo crisis cuando estuvo embarcado en la escuadra de Mazarredo, al punto de afirmar que la marina había sido su más fuerte vocación.

La valiosa obra del doctor Otero nos ha documentado sus ser-

vicios a bordo de la "Santa Dorotea" y la participación que a esa nave correspondió en el combate de San Vicente donde, rendido ante el "Lyon", inmensamente superior, conquistó empero la admiración de su adversario. En Cádiz, Sevilla y Málaga, provincias de la región andaluza que durante varios siglos nutriera la sangre de América, vivió el ambiente marítimo necesario para el conocimiento y comprensión de sus problemas.

Cádiz, ciudad naval por excelencia y puerta obligada del comercio del Río de la Plata, fué, de todas ellas, la que más vió al futuro libertador.

Allí y en la isla de León, pueblecito unido a Cádiz por una estrecha franja de tierra, conocerá y tratará a varios jefes navales amigos de su padre que habían permanecido varios lustros en el virreinato de Buenos Aires, ocupados en las tareas de límites y relevamientos, entre ellos: el capitán de navío Diego de Alvear, padre del entonces alférez de carabineros reales; el de igual grado Luis de Flores, nacido en San Isidro, que mandó en Trafalgar el "San Francisco de Asís"; y el director de la Academia de Guardiamarinas Antonio Varela y Ulloa.

Por ahí están, en vísperas de Trafalgar, varios de los oficiales argentinos al servicio de la marina real, que, corriendo el tiempo, serán sus colaboradores en la tarea magna de la independencia de medio continente: Francisco Guruchaga, Martín de Warnes y Eusebio Medrano, oficiales en el "Santísima Trinidad"; Matías Irigoyen y Benito Linch en el "Santa Ana"; Antonio de Merlo en el "Bahama"; Santiago y Francisco Aldao en el "Príncipe de Asturias"; su pariente Cándido de La Sala en el Departamento Marítimo de Cádiz; Martín Jacobo Thompson y otro hermano de Alvear —tempranamente fallecido— en la Academia de Guardiamarinas.

Razones había, como se ve, para captar impresiones náuticas en ese ambiente casi familiar y que pueden servir de antecedentes para cimentar la visión naval del libertador a que ha de referirse a continuación el doctor Otero.

De entre ese núcleo de muchachos porteños intimó especialmente con uno: el Alférez de navío Matías Zapiola, el leal compañeros de la '"Canning" y futuro jefe de su regimiento predilecto, quien, por 1808, lo inició en aquella logia de "caballeros racionales" de la que era el marino secretario y en la que también militaba su colega Francisco Guruchaga, creador de la

primera escuadra nacional, contagiándolo con esa fiebre patriótica que ellos, a su vez, habían adquirido por contacto directo con el precursor Miranda.

A través del ambiente naval de ese pueblo, donde hay tantos marinos como pescadores; de la verba entusiasta y juvenil de esos compatriotas que presenciaron en Trafalgar el derrumbe colonial de España; y meditando sobre los consejos de los jefes navales amigos de su padre, San Martín, al par que conocía las lecciones prácticas de Napoleón, adquiría también las de Nelson.

Quien actuó en el bloqueo de Gibraltar no podía dejar de comprender la importancia del dominio del mar. Por ello aplaude en 1814 la acción de Brown frente a Montevideo afirmando, desde Mendoza, que dichas operaciones eran, hasta entonces, las de más importancia y trascendencia realizadas por la revolución; por ello aplaudirá, en 1816, la acción de los corsarios y hasta cooperará para el mejor desempeño de la misión asignada a Brown y Bouchard en el Pacífico, aunque expresando, con recto juicio, que una expedición de esa especie debiera estar a cargo de oficiales navales únicamente; por ello anula el servicio de información entre los españoles de Buenos Aires con los de Chile y el Perú manteniendo secreto el viaje de las cuatro naves corsarias y establece todo un sistema de señalación para que los patriotas del litoral de Chile puedan comunicarse con Brown; y por ello, finalmente, al cruzar los Andes, funda la Academia de Guardiamarinas.

Otra lección recibirá San Martín de esa gente de las callejuelas de la antigua Guadix que los fenicios abandonaron después de un furioso levante: la irritación del pueblo contra su propio jefe, el general Solano, a quien asaltan y matan por el delito de no haber destruído las naves francesas fondeadas en la bahía, cuyo peligro se cierne luego sobre ellos.....

A lo largo de todas las jornadas de su vida encontrará San Martín antiguos oficiales de marina dispuestos a secundarlo y, simpatiquísima comprobación, todos ellos —con la sola excepción de Cochrane— fueron fieles a su recuerdo.

Al llegar a Buenos Aires, la casa y los salones de un marino, Martín Jacobo Thompson, a quien la historia, encandilada por el brillo de su dueña, llama siempre de Mariquita, se abren para el militar recién llegado; Zapiola será, más que nunca, su amigo de confianza a quien hará segundo de sus granaderos en el Reti-

ro y jefe en Mendoza; en San Lorenzo, donde triunfa su arrojo y también el conocimiento de lo que es una tropa desembarcada, otro marino —Bouchard— le conquistará el primer trofeo en tierra americana; en su corta estada al frente del ejército del Norte hallará al ex-teniente de fragata Guruchaga precediendo a la acción de Güemes; en Tucumán, donde una enfermedad pone en peligro su vida, un antiguo piloto de la carrera a Cádiz y las Antillas —el general F. de la Cruz, por tres veces Ministro de Guerra— le recibirá el mando en jefe de las tropas; y un capitán de fragata, también hijo del virreinato, que ilustró su nombre en la más importante campaña hidrográfica de su época, Francisco Javier de Viana, ocupa el ministerio de la Guerra al ser nombrado gobernador intendente de Cuyo.

No es eso todo. En Mendoza la casa de otra noble dama, hija y esposa de un almirante, doña Josefa Morales de Ruiz Huidobro, será el refugio de sus días adversos; a ella frecuentará en su trato la "amiga y esposa del general San Martín" al constituirse el ejército de los Andes y a ella entregará en depósito, al regresar del Perú, sus papeles y efectos personales. En el ejército que ha de cruzar la cordillera está también la cooperación de varios marinos: la de Matías Irigoyen en el Ministerio de Guerra y la de Zapiola, Warnes y Blanco Encalada entre los criollos formados en la marina real; la del chileno Freire, que hizo con Bouchard la campaña en el "Halcón"; la de los ingleses Morris y Miller, este último su ayudante en Chile, y luego Espora que cuenta ya en su haber las dos campañas corsarias del Pacífico y lo sigue en la escuadra que expedicionó al Perú.....

Curiosa comprobación, señores oficiales del ejército, que la historia de nuestras dos instituciones se complace en tejer y que es uno de los tantos puntos de contacto glorioso entre las mismas: aquel valiente y sufrido coronel Bogado, que terminada la campaña inmortal de libertar naciones regresaba con el resto del regimiento mandado por un marino, era también un antiguo marinero......

Por eso, y por lo que más substancialmente ha de decirnos ahora el doctor Otero, yo creo que, en esas veladas sobrias y ascéticas de su existencia en tierra extraña, debieron cruzar ante su mente, junto con la visión de sus cargas y el eco virtual del estampido de sus cañones que un marino —Blanco Encalada— dirigiera en Maipú, la imagen cambiante y eternamente igual del mar, consejera de almas y evocadora de todos los actos de la vi-

da, con las naves en que vivió tantas de sus horas decisivas: la visión de la "Santa Dorotea" de su primer contacto con el océano; las largas singladuras de la "Canning" cuando venía a ofrecer sus armas a la patria en que había nacido, cambiando, por ella, un futuro seguro por otro incierto y dejando madre y hermanos en tierra adversa; la capitana de su mismo nombre en la que izó su insignia de jefe en la expedición al Perú en plena madurez de su gloria y mediante la cual daría cima a la mayor empresa de su genio; la navegación lenta y recelosa del "Macedonia" remontando el torrentoso Guayas —donde dejó Brown el casco glorioso de la "Trinidad"— en el que se trasladó a Guayaquil para abdicar el mando en Bolívar y regresar, caviloso y silente, al Callao a fin de dictar a hombres y naciones esa sublime lección de su alma generosa que sólo se inspiraba en el sacrificio; el "Belgrano" en que volvió a Valparaíso después de haberse despojado de todo mando; la "Bourdonais" que lo llevó a Europa en su primer ostracismo voluntario, dejando tras de sí una estela de sangre y de rencores que no se había disipado a su vuelta en el "Chichester" el año 26. En la cubierta de esta nave derramó el Libertador lágrimas de dolor al comprobar cuán ofuscada estaba la razón de sus conciudadanos en procura siempre de ese vellocino de oro que parece solo entrevistó a través de las luchas de partido que aún no han terminado para los argentinos; al "General Rondeau", en el cual, con su corazón lacerado por la injusticia, llegó a Montevideo en ese alejamiento del que no regresaría hasta que el soplo definitivo de la gloria lo devolviera en otro buque de la armada, el transporte "Villarino", que mas tarde recibiera en su casco el abrazo de las aguas patagónicas que besan nuestra costa, ora bravías como su brazo en Chacabuco, ora tranquilas y luminosas como su alma en Grand Bourg, ora gris o sombría como la noche de sus ojos en Boulogne.

"Buques y marinos que conocieron al Libertador" ...... ¡He ahí, señores miembros del Instituto Sanmartiniano, un tema digno, según el capitán Caillet Bois, de la consideración de los dedicados a la Historia entre nosotros, en esta ocasión solemne en que su ilustrado presidente llega a nosotros estimulándonos con su ejemplo al estudio monográfico serio que ha de revelar las distintas facetas de este héroe cuya vida es toda una leyenda y cuya historia exige, por ello mismo, la labor más documentada de los investigadores!

Aparecerá así, la opinión de todos los hombres de botón de ancla que le trataron, la lamentación sincera de nuestro almirante Brown que, en los últimos días de su vida, sentía dolorosamente no haber cultivado el trato del Libertador, recordando que, el mismo día y en el mismo combate, aunque en naves adversas, habían hecho ambos sus primeras armas; la íntima emoción del caballeresco Espora, uno de los tres militares argentinos que fueron a recibirlo y despedirlo en la "Chichester"; y la no menos sincera de su antiguo alférez en San Lorenzo que recordaría siempre la acción de aquellos granaderos que, en Valparaíso, cuando la gestión de las detractores de su gloria dilataban la entrega de "La Argentina" inolvidable, se apoderaron del buque para ponerlo nuevamente en manos de su antiguo oficial que, al decir de Mitre, "conquistó de a caballo el honor que le negó el revés naval de San Nicolás"...

Las comprobaciones a que un estudio de aquella naturaleza conduciría, harían visible cómo sus dotes inimitables de soldado y ciudadano fueron unánimemente reconocidas por los marinos que lo trataron —gente, por otro lado, en todos los tiempos difíciles de contentar—. Ahí están, para probarlo, las cartas de sus amigos y biógrafos a los que debería recurrir el ensayista; las memorias de Basilio Hall, el ex-comandante del "Conway" que frecuentaba su casa de Buenos Aires y le llevaba noticias de los suyos al Perú; el francés Lafond de Lurcy que lo trató y a quien dió el libertador datos interesantísimos para sus memorias; las de Miller, su ayudante en Chile; y hasta, en los archivos del almirantazgo inglés, las cartas del comodoro Bowles del "Amphion" —que nos da a conocer el doctor Otero— a quien San Martín, moderado siempre en su trato y expresiones, le dispensó todo su afecto y de quien mereció recuerdo inolvidable.

Tales son, señoras y señores, las sugestiones que se agolpan en mi mente desde que me fué confiada la honrosa misión de acompañar al doctor Otero en el Instituto Sanmartiniano, quien con la autoridad que le dá el conocimiento íntimo de la vida del héroe que él más que nadie conoce, ha de hablarnos ahora de esa concepción estratégica del libertador, en la que el dominio del mar es su mas saliente característica.

La bondad y tolerancia del ilustre conferenciante ha de perdonarme, finalmente, una nueva expansión de noble espíritu de cuerpo que secretamente golpea a mi corazón: el recuerdo de las

palabras del capitán de los Andes, gratas a los marinos, con las que anunció a su médico el principio del fin en aquella habitación en cuyas paredes colgaban cuadros de motivos navales, palabras que tanto se parecen a las del irlandés glorioso: "doctor, es la tormenta que llega al puerto" .....

Señoras y señores: Disculpadme si me he extralimitado en la misión de efectuar la presentación del conferenciante que dicta, con su acción y pensamiento, en la tribuna y en el libro, la cátedra del héroe nacional. Yo he creído, porque él nos lo dice, que la acción del Instituto es para San Martín, no para nosotros.

Doctor Otero: Bien estáis en esta sala de la casa de los marinos a quienes, noblemente, vinculáis en vuestra obra. En nombre de la Comisión Directiva del Centro Naval os agradezco el honor de habernos dedicado uno de vuestros mas originales estudios sobre el libertador José de San Martín.